

Dom
14 Mar

Homilía de Cuarto Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2009 - 2010 - (Ciclo C)

“Tu hermano estaba muerto y ha revivido”

Introducción

Jesús proclama una forma nueva de relaciones de los hombres entre sí y con Dios por ser hijos por adopción en gratuidad y misericordia, que reciben un original código de conducta donde el primero será el servidor del grupo, y el amor que perdona la ley que resume todos los mandamientos. Un reino de Verdad donde la paz y la justicia se besan, y la misericordia actúa de árbitro general.

El ser humano no tiene disyuntiva: Construye con los demás, o destruye a los demás, porque sus actos se realizan en un medio ambiente al que vierte sus consecuencias. Las buenas relaciones son excelente apoyo al crecimiento, de la misma manera que las pésimas generan el enanismo.

El padre de la parábola de la liturgia dominical es ejemplo de acogida y misericordia con sus hijos, cada uno con sus cualidades y travesuras. San Pablo dice que lo nuevo ha comenzado, lo viejo ha terminado, porque quien es de Cristo es una criatura nueva, reconciliada gratuitamente en la Cruz.

Nosotros somos invitados al perdón y a la reconciliación, para que la Pascua signifique auténtica transformación de la vida. Nos cuesta dejarnos amar y amar al hermano menor que regresa a la casa común: Es el estilo de relaciones que Jesús ofrece y exige.



Fray Manuel González de la Fuente
Valladolid

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro de Josué 5, 9a. 10-12

En aquellos días, dijo el Señor a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto». Los hijos de Israel acamparon en Guilgal y celebraron allí la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. Al día siguiente a la Pascua, comieron ya de los productos de la tierra: ese día, panes ácimos y espigas tostadas. Y desde ese día en que comenzaron a comer de los productos de la tierra, cesó el maná. Los hijos de Israel ya no tuvieron maná, sino que ya aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

Salmo

Salmo 33, 2-3. 4-5. 6-7 R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. R/. Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 5, 17-21

Hermanos: Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con

uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacenter cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado". Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"».

Pautas para la homilía

Caminos del desamor

El evangelio del día describe el desamor vivido por aquellos hijos: Uno que se marcha de casa, y otro que no quiere nada con quien ha vuelto. El relato por la huida del joven de la casa paterna, el despilfarro, con la valentía del retorno y la acogida del padre lo tenemos ampliamente meditado. El hermano mayor, por su parte, no quería entrar al banquete: no entendía la bondad del padre, que incluso había salido a hablar con él y rogarle la entrada. El egoísmo le hace celoso, endurece su corazón; lo ciega y cierra a los demás y al mismo Dios.

En la actitud del padre aparecen los anhelos de Dios-Amor: Desea el regreso del hijo; adereza la mesa y festeja la reconciliación con el mejor de los banquetes a su vuelta. La misma misericordia le lleva a salir también al encuentro del mayor, cuando se considera superior que el hermano por su rectitud; es el signo que se destaca: el gran don del Padre celestial, que siempre está dispuesto a perdonar.

El retorno de los hijos

No hablemos de parábola "del hijo pródigo" sino del "padre misericordioso". Jesús no dirige la parábola a los pecadores para que se arrepientan, sino a los fariseos para que cambien su idea de Dios. En la manera de actuar con los dos hijos el padre hace presente a Dios, de la misma manera que Jesús lo realiza al acoger a los pecadores.

Al hablar del hijo pródigo nos identificamos fácilmente con él, porque sus desaciertos le llevaron a reflexionar y cambiar de vida; todos tendremos mucho que corregir, como el hijo malo, y también deseamos que tal cambio se verifique en nuestro futuro. Con frecuencia no entendemos del todo, en el realismo de la vida familiar, el perdón que conceden los padres a sus hijos pródigos, o que puedan ser tan queridos como los "buenos de la casa".

El hermano mayor tampoco queda bien parado; inconscientemente nos resulta costosa la identificación con él. Subrayemos el desconcierto que suscita en los "hijos buenos", la actuación de cualquier padre misericordioso: Se resisten a participar en la fiesta preparada porque ha vuelto a casa el jovencito discolo y descarrilado. Pudiera suceder que en el fondo al rechazar al hermano mayor rechazamos al Padre, porque quisieramos que pensara como nosotros dándonos la razón.

Queda sin aclarar si el hijo mayor participó en la fiesta ofrecida en honor del hermano menor recuperado, pero podríamos intuir que mientras los dos hermanos no se encuentren en la casa paterna, -reconciliados con el padre común, convertidos y en sincera fraternidad- no comenzará el banquete, que es la fiesta del hallazgo y del encuentro comunitario.

Nuestro interior

La libertad humana persiste, incluso con las distorsiones que reflejan la vida de ambos hermanos. Cada persona, familia, pueblo, asociación, grupo de barrio e incluso apostólico estamos amorosamente invitados a reflexionar y secundar el ejemplo de amor paterno.

El hombre moderno, lleno de cosas se encuentra muy solo y falto de comunión; necesita escuchar que Dios es amor, y siempre está ahí. La bondad, que restaura, es propia de Dios; la libertad, mal usada y capaz de disgrigar, pertenece a los hombres; la autosuficiencia está en el núcleo que impide acercarse a otros, al considerarlos débiles para brindarles ayuda.

Con la fuerza de la gracia, cabe retornar al Padre misericordioso, que invita a unos y otros a convivir en la misma comunidad de redimidos, de los hijos amados, en la Iglesia cuerpo místico de Cristo. Urge fomentar la acogida incondicional al que se ha alejado, a tantos como caminan separados, rotos, sin esperanza, a quienes buscan apoyo para reconducir sus vidas o no tienen capacidad para descubrir los caminos del retorno.

Para la reflexión:

La maduración personal ha de encaminarnos a reproducir la figura del Padre (sed misericordiosos) hasta llegar a las auténticas relaciones amorosas de hijos de Dios con el Padre celestial y con nuestros hermanos los hombres, identificándonos con su voluntad.

El descubrimiento de que llevamos dentro a los dos hermanos (menor y mayor) debe orientarnos hacia objetivos más profundos de la parábola, como es descubrir también al Padre-Dios en nuestro interior. El Reino de Dios está dentro de vosotros, decía Jesús. Estamos llamados a identificarnos con él, como Jesús nos manda (perfectos como el Padre celestial) superando tantas etapas de fricción fraternal y miradas de reojo que siempre resultan empeñecedoras.

Queda pendiente en el furo interno descubrir noblemente, con la ayuda del Espíritu, qué manifestaciones de ambos hermanos existan en nuestra vida para si escuchamos "la voz del Señor ... no endurecer el corazón".



Fray Manuel González de la Fuente
Valladolid

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 14 de marzo de 2010



Parábola del hijo pródigo

Lucas 15, 1-3.11-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: - Padre, dame la parte que me toca de la fortuna. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: - ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino adonde está mi padre, y le dire: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vió y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: - Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: - Sacad enseguida el mejor traje, y vestidlo; ponidle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero ceado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: - Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: - Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. El padre le dijo: - Hijo, tu estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado

Explicación

Entre las personas que escuchaban a Jesús había algunas que, se tenían por buenas y despreciaban a los otros que no eran como ellos. Para que comprendieran que nadie debe creerse más que nadie, Jesús les contó una parábola, que es como una historieta de la que se puede sacar una enseñanza. Este relato sirve para dejar claras dos cosas. La primera es que si el hijo pequeño es presentado como ejemplo de persona que hace mal, el hijo mayor se hace intratable por su dureza de corazón para con su hermano pequeño. Y la escena descalifica a quien se cree bueno, como el mayor, porque en el fondo es peor. La segunda cosa clara es que el mejor de los personajes que intervienen en la historia, con mucho, es Padre. Por eso esta parábola, debería llamarse "del Padre Bueno". Volvamos a la casa del Padre, cuando estemos lejos. Vivamos con alegría, el regreso de quienes se fueron. El Padre, ¡vaya pedazo de padre!, abraza y acoge.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DOMINGO 4º DE CUARESMA-C- (Lc 15,1-3. 11-32)

Narrador: En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle, y los fariseos y los letrados criticaban a Jesús porque acogía a los pecadores y... ¡hasta comía con ellos! Entonces, Jesús les contó esta parábola:

Jesús: Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte de la herencia que me toca, pues quiero vivir mi vida.

Padre: ¡Hijo! ¿Lo has pensado bien?

Hijo menor: Sí y quiero que me des lo que me corresponde.

Padre: ¿Es que te falta algo a nuestro lado? ¿No tienes lo que necesitas?

Hijo menor: ¡No! Quiero salir de aquí y vivir mi vida, hacer lo que me da la gana. ¡Te enteras?

Padre: Está bien, hijo, si ese es tu deseo...

Narrador: El padre les repartió los bienes. No muchos después, el hijo pequeño, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano. Allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Hijo menor: ¿Quién quiere divertirse? ¡Venga, animaos! ¡Tengo mucho dinero! ¡Mirad, mucho dinero!

Amigote1: ¡Aquí estamos, amigo! Compartiremos tu alegría.

Amigote2: Vamos a divertirnos. ¡La vida es tan corta!

Narrador: Vino entonces por aquella tierra un hambre terrible, el dinero se había terminado, y empezó a pasar necesidad.

Hijo menor: ¡No me queda nada! ¡Lo he gastado todo con vosotros!

Amigote1: ¿Y a mí qué me dices? Ya tengo bastante con mis problemas.

Hijo menor: ¡Tienes que ayudarme! Estoy solo y lejos de mi casa.

Narrador: Tanto le insistió a un habitante de aquel país, que le mandó a cuidar los establos.

Amigote2: Está bien, puedes cuidar mis cerdos. Pero... ¡cuidado con comerte sus algarrobas! Quiero a mis cerdos bien gordos.

Hijo menor: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan y yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad enseguida el mejor traje y las mejores sandalias para mi hijo. Matad el ternero cebado. Celebraremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. El hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver a casa vio el jaleo de la fiesta y oyó la música, los criados estaban muy atareados y no entendía lo que pasaba.

Hijo mayor: ¿Qué pasa? ¿Dónde vais tan deprisa? ¿Qué música es ésa?

Criado: Ha vuelto tu hermano y tu padre nos ha mandado preparar una fiesta. Tu padre está muy contento porque tu hermano ha vuelto sano, y ha mandado matar el ternero cebado.

Padre: ¡Entra, hijo, entra! Tu hermano ha regresado.

Hijo mayor: ¡No!

Padre: ¿Por qué? ¿Es que no estás contento?

Hijo mayor: ¡Cómo voy a estarlo! Siempre te he servido, nunca te desobedecí y jamás me diste un cordero para comerlo con mis amigos. Y a este hijo tuyo que lo ha malgastado todo, le das el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández